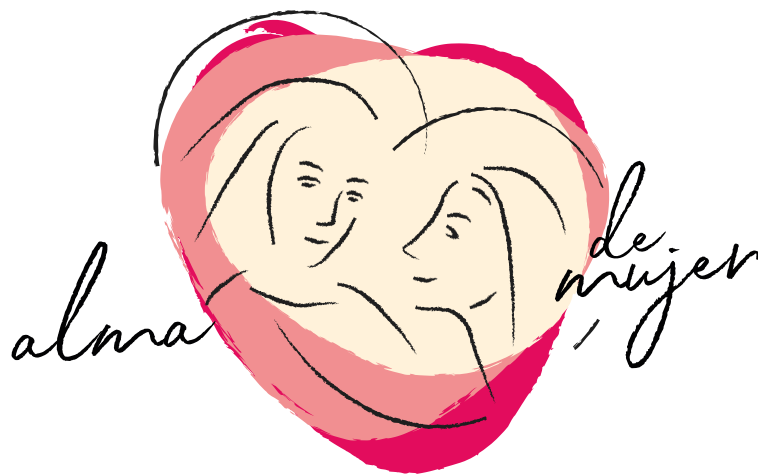


LA INMACULADA

DALILA DEL VALLE Y CARLOS GALVÁN





Proyecto Ein Karem

Archidiócesis de Toledo

LA INMACULADA

DALILA DEL VALLE Y CARLOS GALVÁN

En este mes de mayo, mes de María, queremos ofreceros para su contemplación una obra de arte contemporáneo realizada conjuntamente por dos artistas, Dalila del Valle y Carlos Galván.

EL título de la obra es “La Inmaculada” y pudimos contemplarla por primera vez a finales del pasado año 2018, en una impresionante exposición titulada “Taller de Arte Dalila& Galván” celebrada en el Centro Cultural San Marcos, de la ciudad de Toledo. En ella se expusieron cerca de cuarenta obras realizadas por los artistas toledanos y por algunos de sus discípulos.

Hoy traemos esta imagen de la Inmaculada a Ein Karem y, para acercarnos a la comprensión de su sentido más profundo, explicarnos el proceso que siguió el artista hasta alumbrar finalmente la obra, comprender los símbolos que subyacen bajo los colores, los gestos y los recursos pictóricos, de la mano de Dalila del Valle os ofrecemos fragmentos de su Catequesis de la Inmaculada escrita por la artista para explicar esta singular obra de arte contemporánea con Alma de Mujer .

“A la Virgen Inmaculada

¿Qué tendrá nuestra Santísima Madre La Virgen María que todas las artes bellas exultan cuando la miran? (...)

Cuando decidí pintar, hace ya casi tres años, un cuadro de La Virgen María, me preguntaba dónde me inspiraría, porque su belleza física, sin duda singular, nunca ha sido realmente contemplada por los artistas.

Ante todo, lo primero que debía de captar sería la belleza del alma de una criatura humana a la que nunca maltrataron ni hirieron el pecado original ni los pecados personales y a la que la gracia revistió de blancura y pureza. (...)

Pincel en mano, y frente a María en mi corazón y mente... ¿por dónde empezar? ¿Qué hacer?; como cualquier artista me hallaba a la orilla de un océano sin carta de navegación ni rumbo exacto. ¿Quién me diría por dónde ir? ¿El Evangelio?

María es como el gran silencio del Evangelio. Apenas en los primeros capítulos de San Lucas se menciona a María. Luego algunas menciones en San Mateo, en San Juan y en San Marcos. Da la sensación de que para nadie tuvo Cristo menos palabras que para María su Madre (...).

Parece como si nos dijera a los artistas: “haced vosotros, cread, inventad, que yo no os dicto ni os hago de consueta. Imaginad vosotros mismos. Haced en libertad. Haced a vuestra Madre con los materiales de vuestros problemas, de vuestras angustias y de vuestras esperanzas”. (...)

He hecho un recorrido por toda la historia de nuestra pintura, y me he encontrado con que apenas existe obra contemporánea de nuestra Santa Madre, no hay más que copias y réplicas de nuestros clásicos... ¿entonces? ¿Cómo tocar el corazón de los hombres de ahora con una imagen actual?, un rostro que les proporcione devoción, sintiéndola cercana, la puerta de acceso más segura para acercarse a Cristo... Es en ese preciso instante cuando sentí la poderosa llamada de la necesidad de tomar la anchura del tiempo, (puesto que no era necesario un plazo determinado de finalización), para apretarlo como un ramo de hermosas flores y dárselo a Ella en cierta forma convertido en eternidad. (...)

Mi deseo no es otro que el de llegar a todos, y muy especialmente a los jóvenes; que éste cuadro sirva a modo de evangelización; y de la misma forma que yo veo tal y como la he pintado a nuestra Santa Madre cada vez que pienso en Ella o estoy orando, también cada persona al mirarla desde su corazón y no desde sus ojos, pueda verla y aumente su amor por Ella. (...)

Dios quiso, sin duda, escoger una Madre adornada especialmente de la cualidad que a Él lo define. Por eso María debió vivir la virtud del amor, de la caridad en grado superlativo. Es más, Ella ha sido la única criatura de un amor perfecto y puro, sin sombra de egoísmo o desorden, porque sólo Ella ha sido inmaculada, y por eso solo Ella ha sido capaz de amar a Dios, su Hijo, como Él merecía y quería ser amado. Y no hablo de un amor abstracto, sino de un amor concreto y real, (como los cuadros que yo pinto, realistas). (...)

En María ninguna caricia era, (ni es), superficial o mecánica, ningún abrazo cansado o distraído, ningún beso de repertorio y ninguna sonrisa postiza. San Bernardo afirma “En Ella no hay nada severo, nada de terrible, todo es dulzura”. Todo lo que hacía y hace está impregnado de viveza; ¡Qué mujer tan encantadora la Virgen! ¡Qué Madre tenemos tan cariñosa y solícita! (...)

Ya me va surgiendo la idea de cómo pintarla, ¡pero mi estilo de pintura es la figura!, ¡necesito ayuda!, y para eso acudo a otra gran artista cristiano: Carlos Galván, él sería el hombre ideal para recrear el fondo del cuadro; respondiendo con un “Sí rotundo” a la petición de ayuda que le pido. (...)

Creo que esto ya va tomando forma..., pero necesito más para que resulte una obra sublime, y para conseguir esto sólo existe una manera: “la oración”. (...)

La imagen de la Virgen ha de ser delicada a la vez que bávara y sutil, que posea un rostro actual del siglo XXI con el que se identifiquen nuestros jóvenes, pero a la vez con una gran humanidad y trascendencia pues ha de ser la “Puerta de acceso” para llegar al cielo en un mundo ahora descreído; cuando ya no quedan muchas cosas, Ella queda todavía. (...)

Como dice Carlos Galván “de cercanía cuando otras cosas se alejan” (...) “tú pintarás a la Virgen y yo pintaré en el cuadro como Ella tira de todos nosotros en nuestra amada ciudad de Toledo hacia la nueva Jerusalén Celeste, el Reino de Dios”.

Elementos arquitectónicos y culturales de Toledo.

Según Galván, “podría pintar cualquier otro edificio de Iglesia o parroquia de Toledo, pero elijo Santiago el Mayor, (no sólo porque caminamos en ella), sino porque es la última que uno se encuentra al salir por la emblemática, significativa, conocida, y una de las más antiguas puertas de la ciudad “La Puerta de Bisagra”. ¿Y por qué la pintas por la parte de la salida de la ciudad y no por donde Covarrubias le dio los últimos toques con escudos, águilas y perfiles cesáreos, tal y cómo todos la reconocemos?, “pues porque si tú quieres plasmar como debemos salir del mundo

pasando por nuestra Santísima Madre La Virgen María para llegar a disfrutar de la vida Eterna, yo deseo representar arquitectónicamente, (que es mi estilo de pintura), como saliendo de este mundo, en este caso nuestra ciudad, María nos lleva hacia una vida más llena de Espíritu Santo”. “Y de la misma forma que el Greco en el cuadro titulado “Toledo y la Tormenta”, colocó la Catedral en una panorámica imposible, yo me permito la misma licencia, ya que en este cuadro no puede faltar “La Santa Iglesia Catedral”, no por su valor histórico y artístico concreto, sino por un valor y significado teológico como referente para la vida pastoral de toda la diócesis, (sacerdotes o fieles laicos), siendo siempre testigo no solo de cultura, sino de mensaje de trascendencia y de valores para las personas de hoy.

(...) Es por eso que también he de pintar en este cuadro, en lo más alto, el eterno reino de Dios dentro de ese don imaginativo que Él mismo me ha regalado, y que yo, torpemente con mis limitaciones alcanzo a imaginar con una luz deslumbradora (...) y contemplo la necesidad de pintar una gran cascada, un manantial que nunca se seca, el de la vida eterna; a la vez que juego soñando entre construcciones de todas las épocas que hoy conozco, pero sabedor de que cualquier cosa que pinte o sueñe, ha de quedarse minúscula con la absoluta realidad que Él tiene prometida”.

El Reino de Dios.

“Siempre que pienso sobre “El Reino de Dios” recurro a las Sagradas escrituras donde encuentro muchas referencias al mismo; es como si fuera uno de los temas generales de las parábolas de Jesús; algunas empiezan con “El Reino de los Cielos es semejante a...” (Mt 13: 44, 45, 47).

En algunas ocasiones Jesús parece referirse al aspecto “presente” del Reino de los Cielos, mientras que en otras hace referencia al aspecto “futuro”, y es esto lo que me lleva a imaginar y pensar que el “Reino de los Cielos” tiene tanto un elemento futuro como un elemento presente. (...)

También habrá quién se pregunte el por qué he pintado una cascada de agua antes de entrar en el reino de Dios, y aquí sí que me refiero a un pasaje concreto del Evangelio de San Juan, al de la entrevista con Nicodemo, “En verdad, en verdad te digo: el que no nazca de nuevo no puede ver el Reino de Dios”. Dícele Nicodemo: “¿Cómo puede uno nacer siendo ya viejo? ¿Puede acaso entrar otra vez en el seno de su madre y nacer?”. Respondió Jesús: “En verdad, en verdad te digo: el que no nazca de agua y de Espíritu no puede entrar en el Reino de Dios” (Jn 3, 3-5).

El azul, no sólo corresponde simbólicamente al cielo, a la morada divina, sino también al agua; los antiguos simbolismos del agua, como el que fecunda la tierra y los vivientes, me guían a los símbolos analíticos del agua como fecundadora del alma.

Para todas las especies de vida el hecho de ser nacidas del agua, y en este caso, el simbolismo del inconsciente de la imagen arquetípica, radica en los recuerdos colectivos que la humanidad tiene desde su evolución, y a mí me sirve de motivación e inspiración para representar este símbolo con los grandes recuerdos de la historia de la humanidad, que más que con la evolución de la vida misma, me recuerda el sacramento del bautismo y me ayuda a comprender las Sagradas Escrituras, la Palabra de Dios.(...)

Mientras pinto esa cascada de agua se me viene a la mente una de las frases más bellas que Jesús dijo: “el que beba del agua que yo le dé, no tendrá sed jamás, sino que el agua que yo le dé se convertirá en él en fuente de agua que brota para vida eterna.” (Jn 4, 14).

Espíritu Santo.

El Espíritu también trae una satisfacción total a la vida del creyente llenando su interior completamente, “El que crea en mí, como dice la escritura: de su seno correrán ríos de agua viva.” (Jn 7, 38), es decir que ¡el Espíritu es refrescante!

Una de las últimas y más importantes instrucciones que Jesús dio a los 12 apóstoles antes de ascender al cielo, fue que se quedaran en Jerusalén hasta que se cumpliera la promesa del Espíritu Santo, “Todos ellos perseveraban en la oración con un mismo espíritu, en compañía de algunas mujeres, y de María la Madre de Jesús, y de sus hermanos.” (Hch 1, 14). Luego este mismo grupo, consistiendo en los 12, la Madre y los hermanos de Jesús, fueron bautizados por el Espíritu Santo ese día; llegando de esta forma a la conclusión, de que ¡en esta obra dedicada a nuestra Santísima Madre no podía dejar de pintar al Espíritu Santo! ¡Tan sólo invocarle y pedirle que viniera a mí, me mandó la inspiración precisamente hoy 24 de junio, el día de San Juan! con esta cita: “Y Juan dio testimonio diciendo: “He visto al Espíritu que bajaba como una paloma del cielo y se quedaba sobre Él.” (Jn 1, 32); (...)

Vestimenta de nuestra Santísima Madre Inmaculada.

Y ahora vamos con la vestimenta de La Virgen: como casi todos los artistas pic-

tóricos doy un significado especial a los colores, y al igual que Carlos ha querido representar el reino de Dios con un color blanco resplandeciente, cuando trato la figura de nuestra Santísima Madre la Virgen María, tiendo a determinar para sus vestiduras dos colores por excelencia, (como la mayoría de los artistas), el blanco y el azul; una túnica blanca que parezca suave y delicada, el color de la pureza, el color de santidad. Jesús siempre nos está llamando a todos para limpiarnos y hacernos puros para su Reino, y nos ha puesto como modelo de pureza a su Madre.

Y cubierta con un manto azul que para mí representa el azul del cielo, la presencia eterna de Dios, el color del pueblo elegido por un Padre tanto espiritual como físico.

(...) El azul, como los cuatro colores base, es una representación cromática de una necesidad biológica de base: representa la tranquilidad, la satisfacción de estar en paz, y eso es precisamente lo que pretendo con esta obra pictórica, que nadie se perturbe ante su contemplación o, dicho de otra forma, que no impida mi discurso pictórico, (siendo esta mi forma de expresión), a toda aquella persona que busque refugio, paz y ayuda en nuestra Madre.

Un manto también puede representar tanto el suave yugo de Cristo como la caridad que cubre todo, y este manto que pinto, suaviza para mí toda dificultad en la que me haya encontrado y me encuentre, gracias al amor profundo que la sola contemplación de nuestra Madre Santísima me hace sentir cuando la miro.

(...) Imagino a mi Madre celestial siempre joven, (igual que a mi madrecita biológica), hermosa y sencilla, no he querido adornar el manto con bordados en oro, (a mi madre nunca la he visto con semejantes adornos en ningún vestido, por muy especial que fuera), y esta imagen tiene que ser contemporánea, de hoy; por lo que decido hacer un delicado bordado floral en el manto, ribeteándolo con un adorno de encaje de ganchillo.

No sé si esta tradición habrá quedado ya un poco en desuso, pero yo todavía conservo algunas piezas tejidas a ganchillo de las de mi madre, y no dejo de maravillarme de tan hermosos encajes, (sí, esas que antes se ponían sobre la tele y el sofá),... tienen un olor especial a madre, sábanas, salvamanteles y un sinfín de detalles hechos con primor. Verdaderas obras de arte, que después de más de 50 años, siguen pareciendo adorables.

(...) Así pues, no he podido resistirme, y si estoy pintando a nuestra Santísima Madre La Virgen María, tiene que oler, (pictóricamente hablando), a madre. He decidido dar como una oportunidad más a esas aplicaciones de ganchillo que llevan siglos en casa, para que vuelvan a tener un lugar de prestigio en el hogar familiar

y sobre todo en el de mi corazón, (que es lo que estoy utilizando, más que pinceles), para pintar este cuadro; nuestra Madre Inmaculada con un toque de nuestro mundo “moderno”.

Ahora es cuando comienzo a poner otro significado más en el detalle del encaje, el de la aguja punzante de tejer,... a Ella una espada le atravesó el alma, por nosotros.

Lugar de la obra donde está pintada nuestra Madre Inmaculada.

Me detengo para pensar antes de proseguir, y me doy cuenta de que el amor de María llena mi corazón, y siendo así ¿podría sentirme desgraciada? ¿Podría sentirme desesperada? (...)

Este amor de María, por un lado, sube hasta Dios, y por lo tanto tiene toda la gratitud de una criatura, toda la profundidad de una Madre, toda la pureza de una Virgen y por otro lado se dirige a nosotros, hacia la tierra, hacia sus hijos. Así pues, no podía pintarla en otro lugar del cuadro que no fuera entre el cielo y la tierra o, mejor dicho, nuestra amada ciudad de Toledo.

Recuerdo cómo me impresionó en gran manera leer aquellas palabras de San Alfonso María de Liguori, en su libro “Las glorias de María”: “Si se pudiera unir el amor que todas las madres tienen a sus hijos, todos los esposos a sus esposas y todos los ángeles y santos a sus devotos, no alcanzaría el amor que María tiene a una sola alma”. (...)

¿Y cuál debe ser nuestra respuesta a tan grande y tierno amor? Pues cada uno de nosotros también debemos decir, como dijo San Juan Pablo II también, “totus tuus”: todo tuyo y para siempre. Aquella expresión que el Papa decía: “Luchando como María y muy juntos a María”, que le repitan siempre: Totus tuus”, porque el amor de María debe llenar nuestro corazón.

Expresión y gestos.

He de decir que tengo la imagen del rostro de nuestra Madre del cielo en mi corazón desde pequeña. Recuerdo que mamá me puso en la pared de mi dormitorio, cuando aún era muy niña, la imagen de una Virgen joven, de mi tiempo; y esa misma imagen es la que se me ha quedado para siempre; mi deseo no es otro, (y así se lo he pedido a nuestra Reina Inmaculada del cielo), que cada persona que contemple esta obra pictórica pueda ver en ella a la “Madre de Dios” tal y cómo se la imagine en su corazón; resultaría infinita tarea ordenar el desorden de la efusión mariana de todos los rostros pintados, y no creo que haya ninguno donde, sin perfilado horizonte, tanto cielo haya tocado a tanta tierra. (...)

Ardua tarea para mí sería, si tuviera que pintar cada rostro que esté en la imaginación de cada persona, por lo que me he tomado la licencia de ser fiel a mi corazón eligiendo el mismo rostro con el que yo la veo cada vez que cierro los ojos para orar: un rostro real, de este siglo, pero del que las ondas expansivas del amor se difunden prodigiosamente con longitudes insospechadas. En este cuadro ha de estar una criatura ideal y real, haciendo que los pinceles se conviertan también en vocabulario de amor; como cuando se le pregunta a un niño de hoy, cuál es la mujer más guapa del mundo, y responde: ¡mi mamá!; maquillada o sin maquillar, de azul o de rosa, es igual... la más bella del mundo es ¡su mamá!

Si siempre veo a mi madre joven, y (más que atractiva), guapa, cómo no voy a ver aún más agradable el rostro de María lleno de ternura. Me la imagino con su puntual y acogedor “buenos días”; y de la misma forma cerraría los ojos con sus “buenas noches”, acogiendo como una niña pequeña su solicitud, cariño, y el beso que siempre espero admirando a mi Madre. Si Jesús dijo: “Yo os aseguro: si no cambiáis y os hacéis como los niños, no entraréis en el Reino de los cielos” (Mt 18, 3) (...)

A lo largo de la historia y del tiempo, la belleza siempre ha estado condicionada por los patrones culturales de un grupo de población. Por lo tanto en los tiempos que vivimos ahora, (de acuerdo a la ciencia), existen unos estándares de belleza actual: “ojos grandes, pómulos suaves e iluminados, labios rellenos de color piel claro, y una simetría perfecta de las facciones”, es decir la distancia de los oídos debe ser exactamente el doble de la distancia entre las pupilas, la nariz y boca perfectamente alineadas y la distancia correcta entre los ojos y la boca sería de un tercio de la distancia entre la línea del cabello y la barbilla. De esta forma el resultado sería el de un rostro de facciones perfectas y detalles delicados, que dulcifica su seriedad a través de una mirada sosegada (...).

Y justo aquí, es donde me encuentro yo, dándome y renovando a través del arte, bajo el impulso de la fuerza del Espíritu de Amor a un encuentro con Cristo, reinventando el rostro la Madre de Dios y Madre nuestra para no caer en la rutina de acostumbrarnos a los que vemos siempre, y tal vez pensar que ya la conocemos suficiente; un nuevo rostro, (entre tantos como existen), que nos permita crecer en la fe, la esperanza y la caridad.

Con las manos en el pecho

María es una mujer con el corazón en el cielo, por eso he decidido pintarla llevándose las manos al corazón queriendo aludir al corazón de Cristo para expresar

la sinceridad con la que nos dice algo. El gesto de ponerse las manos en el pecho reinterpreta que nos habla desde el corazón.

María ve todas las cosas desde el corazón y desde el cielo. ¿Qué importancia tienen ya el sufrimiento, las carencias, las luchas, los sacrificios, los esfuerzos, las renunciaciones, los momentos difíciles, cuando todo eso se ve desde el corazón y el cielo? Ninguna. Todo es parte de ese camino hacia el cielo, ese camino estrecho que conduce a Dios y que tanto asusta al ser humano. Ella ha sido nuestra precursora en este camino, dándonos ejemplo. Sigamos a María en esta vida que sin duda es para todos “un valle de lágrimas”, pero tengamos siempre el corazón arriba, junto a Dios, con espíritu de resucitados. (...)

Hagamos que exista un amor tierno y filial a María. María debe convertirse en la vida de un cristiano en objeto de ternura, de cariño y de afecto. A María hay que quererla como se quiere a una madre, lejos de una actitud seca, austera, distante, fría hacia quien nos ama tanto, hacia quien aboga tanto por nosotros ante Dios, ante quien tanto nos cuida, ante quien vigila nuestros pasos para que no caigamos en el mal. De ahí la necesidad de tener con María momentos de encuentro, diálogos cordiales, intimidad y confianza. (...)

Descalzos los pies.

Y hablando de pasos, los pies simbolizan nuestro diario caminar, lo que hacemos cada día y en todo momento, implica nuestras relaciones con el mundo externo, abarca la conducta diaria que tenemos con las personas con quién nos relacionamos, nuestro círculo familiar, en el trabajo, los amigos, incluso el círculo de hermanos en la fe. (...)

Normalmente a los pies no les prestamos mucha atención, y a veces tendemos a ser descuidados con ellos, sin embargo, son una parte bastante delicada de nuestro cuerpo, pero a pesar de ello, apenas quizá los atendemos. (...)

Y de esta forma es como he decidido pintar a nuestra Madre Inmaculada, con los pies descalzos. En el antiguo Israel era costumbre para ratificar un pacto que una de las partes se sacara la sandalia y se la ofreciera a la otra parte, a modo de una cesión de propiedad definitiva. (...)

Por esta razón he de pintar a María descalza, porque toda ella es de Dios, “Dijo María: “he aquí la esclava del Señor; hágase en mí según tu palabra”. Y el ángel dejándola se fue”. (Lc 1, 38)(...)

Tanto la pretensión de Carlos como mía, no es hacer historia en la pintura religiosa o mariana, sino pintar con los ojos de este siglo la historia de la propia María Virgen y Madre Inmaculada, de su vivir, de su hacer, de su caminar según la vemos desde el corazón y desde el alma con la oración particular centrada en Ella, poniendo el corazón en cada Avemaría, en cada invocación, en cada recuerdo de María. En el trabajo, en los estudios, en casa, en familia, en los viajes, ante el Santísimo, el rosario debe ser nuestro acompañante. (...)

Si Su mayor deseo es que amemos a su Hijo, que seamos como Él y que vivamos su Evangelio, ¡que María sea nuestra guía en este camino!

Así pues, Virgen María Madre de Dios y Madre nuestra, aquí me pongo ante Ti, haciendo también mías esas palabras de San Alfonso M^a Ligorio porque Tú eres también para mí “el tesoro de Dios y la tesorera de todas las misericordias que nos quiere dispensar”, por eso escucha esta oración que con tanto amor me enseñaron desde pequeña: Bendita sea tu pureza y eternamente lo sea, pues todo un Dios se recrea, en tan graciosa belleza. A Ti celestial princesa, Virgen Sagrada María, te ofrezco en este día, alma vida y corazón. Mírame con compasión, no me dejes, Madre mía. “

Dalila del Valle